17(450-25)

LIBROS DE POLITICA Y SOCIOLOGIA
No. 11

Jorge Fr. Nicolai

RUSIA
ACTUAL Y FUTURA

EDITORIAL MODERNA
Distribuidores exclusivos de estas Ediciones
LIBRERIAS "CULTURA"
1165 Huérfanos 1165
Teléfono 81291
Casa Matríz
Casilla 6048
461 Delicias 463
Teléfono 87497
Sucursal
Santiago de Chile
1932

AL LECTOR

No encontraréis en este libro ni la alabanza lírica del prosélito, ni la oposición doctrinaria y apasionada del [illegible]kista, ni el ataque sañudo y malévolo del guardia blanco enmascarado.

Comprende esta obrita un resumen de las conferencias que sobre "Rusia actual y futura" dió últimamente en Buenos Aires el Profesor Nicolai, eminencia del pensamiento científico contemporáneo.

Su lectura se recomienda en especial a nuestros trabajadores intelectuales: en ella encontrarán serena, reflexiva, profunda y empapada en un entrañable amor a la ciencia, la palabra del maestro alemán. La novedad con que aborda algunas expresiones ya consagradas como "el concepto de clase del proletariado" y otras, sus juicios personales, la disección fría y razonada que se aprecia a través de sus consideraciones, forma el acervo de esta obra importante, utilísima para el intelectual de vanguardia para fijar y precisar algunas ideas.

Aparece "esta pequeña grande obra" en un momento oportuno entre nosotros, cuando encontramos infestado el mercado librero de publicaciones manifiestamente partidistas sobre la U. R. S. S., en su mayoría inspiradas por círculos religiosos o capitalistas y de consiguiente sin ninguna

autoridad para juzgar la realidad actual rusa, ni mucho menos para adelantar juicios sobre el futuro de la Revolución Proletaria en el país de los Soviets.

H. E. R.

Santiago, 22 de Noviembre de 1932.

BIBLIOTECA NACIONAL · SECCIÓN CHILENA · CHILE

PALABRAS PREVIAS

Emerson, para iniciar su obra "Hombres simbólicos", escribió estos vocablos sencillos y profundos: "Es natural creer en los grandes hombres". Por su vigor intelectual, por su conducta luminosa, Jorge Fr. Nicolai confirma la sentencia del pensador americano. Una armonía admirable de idea y de acción demarca su ruta. Ni el caos de la psicosis colectiva, ni la vergüenza de la prebenda anónima doblegan su temple broncíneo de luchador. La ciencia, que recibió su ofrenda vital, otorgóle, en generosa reciprocidad, el instrumento de su liberación. Y como el dios interior que discorre en la mente torturada del personaje de Nervo, la verdad rige los pasos del rebelde alemán. Si ante el panorama universal de las claudicaciones no halláramos paréntesis vivificantes, el escepticismo cundiría en los grandes hombres.

Fisiólogo a la vez que filósofo y sociólogo, su sabiduría universal, que Rolland apunta como su característica primera, no se encuadra en el canon férreo de un aislamiento egoista. De frente a los hechos, su posición es clara y decidida. Diseca con firmeza y expone sus conclusiones con meridiana precisión. A veces, el pulso hábil y seguro del artífice no evita que el escalpelo lesione un nervio o hiera un vaso.

Su "Biología de la guerra", realizada en la fortaleza de Grandenz, donde purgara el crimen de propagar su credo de paz, y el "Llamamiento a los europeos" que suscribiera con Albert Einstein y Wilhelm Foerster, constituyen dos alegatos formidables contra todas las opresiones. Su labor proficua de investigador, su peregrinaje forzado a través de los continentes, sintetizan, por sobre la multiforma de sus facetas, la consolidación de una vigorosa personalidad internacional.

Nicolai nos ha hablado sobre Rusia, con toda la autoridad de una existencia pródiga en matices firmes de verismo. Su palabra, certera e implacable siempre, ha incidido a veces en convicciones arraigadas. Ante el hombre que esgrime la osadía del propio criterio, nuestro homenaje no puede ser la sumisión sin restricciones a un pensamiento. Adentrémonos también nosotros en el suyo, esgrimiendo la lanza cervantina de la razón.

En cuanto a la Nueva Rusia, crisol fecundo donde se gesta una humanidad mejor, pensamos que la hiere tanto el panegírico incondicional como la agresión grotesca de las piaras.

SERGIO J. BAGU

RUSIA ACTUAL Y FUTURA

I) LA "SFINX" RUSA

Debo advertir que mi exposición ha de ser el fruto de un estudio objetivo y desapasionado. No podríamos, por otra parte, aventurarnos en juicios terminantes. Rusia ofrece al investigador un panorama absolutamente renovado. La observación es difícil, pero en alto grado valiosa. Habremos logrado nuestro fin si alcanzamos a percibir lo que de la Rusia actual ha de pasar al futuro.

Este pueblo de características tan particulares, ha sido siempre un cuerpo extranjero en Europa. La historia nos revela un hecho de gran trascendencia: los rusos no actúan en ella como verdaderos europeos. Rusia era algo así como un apéndice extraño y los marxistas mismos no alcanzaron a suponer que allí se instalaría este primer inmenso laboratorio de sus doctrinas. De un país industrializado de Occidente, pensaban, ha de surgir este tipo de sociedad colectiva a que aspiramos. Así, en el extremo de Europa, esta nación formidable era el enigma constante, la interrogante angustiosa. ¿Cuál sería el rumbo definitivo de sus inmensas posibilidades?

En su origen, todos los pueblos adquieren una organización semejante. Los alimentos rudimentarios, la habitación, las hordas, las "gens", revelan una estructura primi-

tiva sin fundamental diferencia. Posteriormente, la lucha del hombre con el medio, imprime una diferenciación social. Así, dominado aún por una naturaleza hostil, el individuo se aisla en civilizaciones particulares. Pero su creciente poderío le hace, al fin, abandonar estos exclusivismos y el perfeccionamiento de los medios de locomoción quiebra barreras seculares y pone en contacto sistemas de vida los más opuestos que, al influirse mutuamente, llevan la humanidad a un estado parecido al de la identidad primera. En esta pugna del individuo contra las fuerzas de la naturaleza, sólo logrará dominarlas cuando alcance a comprenderlas.

Si trasladamos a la vida social un principio biológico, hemos de convenir en que no siempre han de ser los pueblos más evolucionados los que conduzcan la antorcha de la civilización, los que marquen rumbos a la humanidad. Por eso, difiero con Marx, quien, inspirado en Hegel, enseñó a ver en los países industriales a los ejecutores de sus doctrinas. Rusia es el mejor apoyo de esta tesis.

En los actuales momentos, el mundo se halla frente a un problema pavoroso: el de la crisis mundial. No podemos pensarlo como un hecho catastrófico o tan sólo como un corolario indudable de la guerra. Es algo más y ante él se impone la necesidad perentoria de buscar nuevas formas de vida. Rusia — que era la región de Europa más atrasada en su estructura feudal — ofrece una solución. Su juventud espiritual, la inmensa energía que atesora, le permite lograr esa situación de privilegio. De un extremo pasa a otro. ¡Qué contradicción! Pero es que Rusia es toda ella una viviente y constante contradicción. En todo: en su vida, en su organización, en sus ideas hasta en sus edificios. Allí, el pobre era reaccionario y había nobles y burgueses que

formaban en las filas revolucionarias. Este enigma ha permitido ensayar soluciones múltiples para comprenderlo.

Rusia, enclavada en la unión de Europa con Asia, ha recibido dos corrientes poderosas de ambos lados. Goethe afirmaba que era el país donde Oriente y Occidente dejan ya de ser diferenciables. Esta situación intermedia tan peculiar determina en gran parte los acontecimientos actuales. A su través, podemos contemplar un violento conflicto espiritual, de enorme importancia. Marx enseñaba que la economía determina la cultura, pero ésta, podemos decirlo continuando al creador del materialismo, cuando alcanza un alto grado de solidez ejerce una influencia propia e indiscutible. Los materialistas ortodoxos olvidan que al lado de la lucha económica, existe otra, tanto o más importante que ésta: la lucha espiritual.

Hemos hablado de adaptación. Digamos ahora que la función de nuestro siglo XX es adaptar la humanidad a la técnica que le ha legado el siglo anterior. Hasta ahora, no se ha operado este fenómeno. La técnica, por su parte, continúa su progreso incesante, amenazando envolver a sus creadores si no se la domina con firme mano. Nos hallamos, pues, ante el gran dilema: adaptarse o sucumbir.

Volviendo a la estratégica posición de Rusia, fácil nos será comprobar que es algo más que lugar de contacto de dos continentes. En la lucha entre el misticismo asiático y la ciencia europea — lucha en que se decide el porvenir del mundo — Rusia es el árbitro. Porque si Asia es más numerosa, Europa es más eficaz. La balanza se equilibra.

Pero Europa sola no puede vencer. Ha alcanzado proporciones que difícilmente superará. Rusia, en cambio, se halla en pleno desenvolvimiento. Sus tierras interminables pueden alimentar 600 millones de seres. En su contienda

contra el Oriente, Europa puede encontrar en Rusia un aliado eficasísimo, decisivo. Cavará, en cambio, su propia sepultura, si le combate ciegamente, como hasta ahora. Si el comercio ruso, bloqueado en Occidente, se dirige al Asia, las ideas, que van siempre tras él, servirán para una conjuración que amenazará la estabilidad europea: la que pactarán Asia y Rusia.

A la timorata y torpe Europa, recordémosle: es mayor el peligro asiático que el ruso.

II) RUSIA DEL PUNTO DE VISTA DE SUS POSIBILIDADES

En nuestra clase anterior, hemos tratado temas generales. Es necesario continuar hoy en igual sentido, antes de enfocar nuestro problema en particular. Lógico es que así sea, porque sería absurdo considerar a Rusia sino como un fenómeno integrante de la historia de la civilización. Al ubicarlo dentro de ella, debemos conocer, como en todo hecho histórico, su pasado, para su explicación y su futuro, para su comprensión. No nos apartemos de esta visión integral si en verdad ansiamos comprender lo que sucede en ese lejano país. Porque no es fácil lograrlo. Rusia es un laboratorio cósmico, donde una actividad sin pausas modifica en cada instante las cosas. El viajero que llega a él, ávido de observar lo que leyó en el último libro, no lo consigue. Ya ha evolucionado la situación. Por eso, no nos aventuraremos en interpretar a la Rusia de hoy sin antes percibir la íntima relación que guarda con el pretérito y el porvenir.

Conocemos su pasado. Agricultura rudimentaria. Industria pequeña, pero concentrada. Un pueblo inhibido por

su natural desarrollo por el lastre de la tradición. Un estado medio corruptible. Una clase superior educada a la francesa, pero de una palpable superficialidad. Y una inteligencia revolucionaria, perseguida y combatida rudamente que vive en la alternativa dolorosa del destierro. Una inteligencia revolucionaria brillante que, en el exilio forzado, lleva a Europa la sensación de que toda Rusia es un manantial perenne de vida agitada y luminosa.

La organización zarista era discretamente equilibrada, no tan mala como surge de las acusaciones de los rebeldes, pero en irremediable atraso respecto de los demás países del continente. Se hallaba fuera de la ruta europea. De la ruta que el mundo había ya elegido y de la que no se apartará. De la ruta que debía también seguir la Rusia soviética.

Esa era la Rusia de ayer. También ella, sin embargo, se hallaba sometida al ritmo irrenunciable de la evolución. Afirmemos hoy una vez más este principio de la evolución. Hoy, que hasta algunos naturalistas parecen renegar de él. Es menester que no nos desorientemos con ciertas imperfecciones que retardan nuestro andar incesante. Se hallan también dentro del proceso evolutivo, sometido a ciclos conocidos. Ciclos cada vez más breves porque, en historia, se reducen de varios cientos de miles a sólo 150 años, que es lo que ha de durar quizás el capitalismo. No supongamos, por otra parte que esto es sinónimo de decadencia. Si nos trasladamos al campo de las doctrinas científicas, nos hallamos con esta verdad, que nos consuela: cuanto menos duran, son mejores; su excesiva permanencia es prueba de esterilidad.

Así en este constante avanzar, Rusia adquiere un sentido de trasición. Miremos a su futuro para juzgarla. De

ella ha de emerger una humanidad mejor. Si así no sucede, el camino que lleva es falso. Pero no nos tentemos excesivamente con este procedimiento, porque ¿cómo determinar con precisión el futuro? Una cosa, sin embargo, podemos prever con certeza: el mundo llegará a la unidad económica y cultural. Cómo y cuándo, no lo sabemos.

Insistamos aún sobre esta idea de la unidad. Para caracterizar un hombre es mejor inquirir en qué siglo ha vivido; no en qué país. Nos hallamos dentro de una impetuosa e irremediable corriente internacionalista, unificadora. La cultura, las leyes, la economía, huyen por sobre fronteras demasiado estrechas e impregnan al universo de un sentido semejante de la existencia. El nacionalismo se halla en total bancarrota. Esto no nos impide afirmar que en Rusia, precisamente en ella, se plasma algo así como un nuevo nacionalismo, pero que adquiere un sentido muy particular.

Nos hemos referido en nuestra clase anterior a la técnica. Digamos hoy que es el factor sobresaliente entre los que determinan la vida de un pueblo. Es ella la que hace posible la vida, la que ha dividido a la historia en ciclos. Tan alta importancia tiene en la actual sociedad, que el imperativo de la hora es el de lograr nuestra adaptación a ella. Rusia lo ha comprendido; por eso se está industrializando a tambor batiente, aún a trueque de la felicidad de sus hombres.

Es que hay una falsa y nociva adaptación a la máquina. ¿De dónde proviene nuestra crisis sino de una errónea distribución? La máquina ha logrado un extraño fenómeno: ha socializado la producción, ha obligado a los individuos a agruparse para producir. En cambio, prima aún el individualismo, la anarquía en el reparto. ¡Qué absurdo!

Nosotros nos lo explicamos. Para producir, el hombre se ha visto sometido a una coacción inevitable. Debió agruparse. Pero esa fuerza no actuaba ya en la distribución y se produjo, entonces, el contrasentido. Porque, bueno es recordarlo, la humanidad recorre su camino a impulsos de fuerzas irresistibles. Rusia misma lo demuestra. Una acción violenta, una decisión imperturbable trazó su rumbo. ¿Dictadura del proletariado? ¡Falso! Tras ella se movía un grupo reducido, que construía y organizaba, que imponía su voluntad inquebrantable y su inteligencia universal. Menos aún que un grupo. Un hombre. Lenín.

La humanidad podría crear aún hoy por un acto de libre voluntad, pero los que la dirigen, casta inteligente, no quiere hacer. Su espíritu se halla saturado de lo antiguo. Se desenvuelve cómodamente dentro de mitos arcaicos. Cree todavía en la familia, en la patria, en la religión, sin concebir que estos conceptos han cambiado de sentido. Son fetiches localistas en medio de un universo que tiende a la unificación.

Rusia ha de ser, pues, para nosotros, la respuesta ansiada a un angustioso interrogante. Si conduce en realidad a la socialización en la distribución, todo su esfuerzo ciclópeo, todos sus padecimientos son excusables y comprensibles. Pero si Rusia no logra que en ella los hombres alcancen una vida mejor, el socialismo o comunismo fracasará. (Digo uno u otro porque, aunque socialistas y comunistas se profesan mutuamente un odio irreductible, persiguen un mismo objeto). Pero ¿logrará ese pueblo tan sufrido llevar hasta el fin el sacrificio que se ha impuesto?

En cualquier forma, en Rusia se juega el futuro del mundo. En ningún otro país es posible realizar la revolu-

ción. Por eso, las tentativas esporádicas son insensatas y sólo conducen a un renacer de la reacción.

Los hechos indican que, en la fase económica, Rusia logrará el éxito. Sin embargo, espero que en la esfera intelectual, no la acompañe igual suerte, porque ello equivaldría al triunfo del dogma. Lo deseo porque amo profundamente a la ciencia.

III) EL PAPEL DEL PROLETARIADO EN LAS REVOLUCIONES

Reconocemos al vocablo "revolución" dos significados. Uno se refiere a la órbita de los astros. El otro, el que nos interesa, atañe a las transmutaciones humanas. No siempre logran una modificación sustancial. Cuando menos, perturban. Aprenden ya los hombres, que las revoluciones violentas poca cosa han trastornado en el proceso histórico pausado y continuo de la humanidad. Y no hablemos, en fin, de esas catástrofes políticas que sólo conducen a un cambio de amos.

Observamos en nuestros días que la palabra se utiliza con un criterio más amplio. También Copérnico, el cristianismo, la imprenta, son hitos revolucionarios, fenómenos de índole diversa que trastrueca fundamentalmente la ciencia y la existencia del individuo. Cuando Marx enuncia su doctrina, verifica la unidad de estos hechos y, sobre la contingencia de sus manifestaciones aisladas, erige a la economía como suprema generadora, haciendo de ella el punto central de la vida. La economía actúa en esta forma por leyes intrínsecas, alterables apenas por la voluntad de los hombres. Es una posición engañosa, porque igualmente puede consi-

considerarla falsa o acertada, según el punto de vista que se adopte.

Conviene, pues, dejar establecido que, en la vida social, todos los fenómenos se influencian mutuamente. Podríamos, con los matemáticos, enunciar esta verdad, diciendo que uno está en función de otro. Porque, conveniente es recordarlo, la noción de causa va perdiendo su sentido primitivo. En física, podemos decir con igual certeza que la gravedad es la causa de la caída de los cuerpos, como a la inversa. Y en psicología, ¿no se afirma que estamos tristes porque lloramos? Algo semejante acontece en sociología. Por eso, más que explicar, debemos describir.

Claro que en sociología, precisamente, el problema de las causas se presenta en forma harto confusa. Las distintas escuelas reducen, en general, la amplitud de su visión concentrándose en una causa. Debemos, por este motivo, comprender claramente que un mismo hecho puede ofrecer más de una explicación. Pero — afirmémoslo con certeza — a medida que la civilización avanza, las causas espirituales se hacen más poderosas. Esto lo desconocen o lo olvidan los ortodoxos del marxismo.

Sin duda que investigando la economía podríamos observar toda la historia humana. El materialismo histórico es, por cierto, un procedimiento científico que explica mejor que ningún otro los fenómenos de la vida social. El error consiste en interpretarlo literalmente.

Digamos poca cosa, antes de continuar, sobre la denominada conciencia de clase del proletariado. No creo que exista. ¿Es posible que una clase negativa, como ha sido hasta ahora la obrera, adquiera esa conciencia? La precisa orientación que debió ésta suministrarle, ha provenido hasta hoy de hombres singulares, cuyas ideas debieron ser

fecundadas por la comprensión de las masas. Y la experiencia nos dice que esas grandes ideas y esos grandes hombres provienen de la clase media, no, por supuesto, por una superioridad orgánica inevitable, sino simplemente porque las condiciones de existencia son para ella mucho más favorables. Porque, es lógico y es bello que un joven estudiante, sin inminentes apremios económicos, medite un credo generoso de vanguardia; pero ¡qué distinta es la situación del proletario sometido sin alivios a una tarea incesante, al cabo de la cual constata con dolor que si este ha bastado para asegurarse el mendrugo del mañana!

Un hombre de ciencia o un artista eminentes, provienen a veces de las clases humildes, pero no podríamos decir lo mismo de un gran político. Empero, existe hoy un convencimiento general del rol, que toca jugar al proletariado. Es conveniente. Pero pensar que hombres de cultura rudimentaria comprenden mejor que los sabios es una sinrazón. Sin embargo, vive en esta creencia una verdad profunda. Porque para alcanzar la realización de un gran hecho, hay que buscar un pensador y una masa. Las ideas se crean independientemente, pero es el pueblo quien debe recogerlas. Meditemos, para constatarlo, lo ocurrido con el comunismo. Su concepción precisa data de Platón. Durante 2,000 años, sólo alcanza a ser un motivo de exposición literaria, sin ninguna importancia. Ello no impide que poco a poco se infiltre en el pueblo, ya como teorías aparentemente inofensivas o en forma de reivindicaciones violentas y esporádicas. Cuando el siglo XIX se inaugura, las masas estaban un poco platonizadas. La llegada de los utopistas se recibe por eso con júbilo y sus osadas construcciones mentales encuentran cálido ambiente. Es entonces cuando hace su aparición Carlos Marx y suministra a esa corrien-

ce ideológica un sólido esqueleto científico. Su marcha no se detiene y en nuestros días, aún los cerebros más reaccionarios sienten la supremacía de la comunidad. Así, Mussolini.

Piensan los marxistas que su idea ha vencido porque es la síntesis de la verdad. Error. Marx era un hombre de ciencia, pero lo que el proletariado encuentra en su teoría es, en última instancia, la secular aspiración de mejorar su suerte. Desde Espartaco lo venimos comprobando. Y aun antes.

Es ese el grave dilema. Fructífera ha sido la labor del socialismo y lo será aún más, sin duda. Pero, ¿hasta dónde alcanzará a asegurar la felicidad al proletario? ¿Logrará, acaso, la anhelada igualdad? Recordemos que en Rusia un obrero puede percibir, según su habilidad, de 50 a 450 rublos por mes. Es la consagración de la desigualdad. Esperemos, sí, que en el futuro, los privilegiados serán los mejores. Pero arraiguémonos, mientras tanto, en la convicción de que destruir totalmente las diferencias es empresa vana y estéril.

La presencia de las masas en las revoluciones es necesaria, porque sólo ellas suministran a las ideas el impulso vigoroso que las conduce al éxito. Mas, en esa función histórica, el proletariado no puede actuar a instancias de una verdadera conciencia de clase, porque no defiende nada creado. Los obreros sólo alientan esperanzas y de ahí se infiere que, siendo éstas heterogéneas, se hallen siempre divididos en la acción. No tener nada presente que defender. He ahí su grandeza y su debilidad.

Conviene decirlo: el proletariado no es más inteligente ni idealista que el burgués, lo que no obsta para que, ante un jefe hábil, obre como si fuese inteligente e idealista.

Sin embargo, aunque el burgués resulte, en definitiva, más idealista, la desconfianza con que el obrero le recibe en sus filas, está justificada. Rusia tiene razón. El único hombre con que puede confiar es el proletario.

Careciendo de ese sólido nexo que sería la conciencia de clase, los trabajadores se dividen: socialistas, comunistas y anarquistas se combaten rudamente entre sí. No existe un solo partido en el mundo que abarque la mitad del proletariado de su país. En Rusia hay uno solo y cuenta apenas con el 2 por ciento de la población. Esta ausencia de unidad se encuentra en toda oposición. En cambio, los conservadores, que defienden lo existente, la logran, precisamente por eso. En el futuro, esta situación no padecerá alteraciones fundamentales. Siempre hallaremos seres que vuelquen su imaginación en excelsas visiones de regímenes caducos. Y ya sabemos que, ante el devenir incesante de las cosas, el conservadurismo es apenas una ilusión. Un hombre que no sabe nacer y morir cada día es un pobre gato. (Textual).

Concretando: el proletariado, por sí solo, no impulsa el progreso ni realiza la revolución, aunque para ambos fenómenos es indispensable. Entre el cerebro que dirige y la masa que dinamiza, suele mediar un precipicio: la verdad, por lo menos la inmediata. Discurrían, sin duda, Briand y Stressemann, en la atmósfera apacible de un gabinete, coincidiendo en el afán de alejar el fantasma de la guerra. Pero ante las Cámaras, ante los diputados — los diputados también son masa — el rugido de un chauvinismo inconsciente, modifica los rumbos trazados y las palabras adquieren, entonces, un significado opuesto y contradictorio. Han transado con la multitud. ¿Y Hitler? Hitler — yo lo he visto — miente al pueblo justicias y liberaciones en que él

go cree y sus masas, doloroso es decirlo, se exaltan aún más que las comunistas o socialistas. He allí el jefe, el príncipe. ¿No lo fué acaso el mismo Lenín?

Una mirada retrospectiva nos llevaría a afirmar que todas las revoluciones que hizo el pueblo por su propia inspiración, condujeron al fracaso. Triunfaron, en cambio, las que reconocían, tácita o expresamente, una dirección. Es lamentable, porque ocasiona con demasiada frecuencia estafas escandalosas. ¡Cuántas revoluciones podríamos citar que sólo rindieron provecho a quienes las conducían!

Volviendo a Rusia, ya estudiaremos cómo se han comportado sus masas y cómo ha sido Lenín el que ha hecho una revolución con el pueblo sin darle a éste participación.

IV) LENIN

Dijimos en nuestra clase anterior que el proletariado sólo tenía una función reducida en las revoluciones. Yo recuerdo que en Moscú, al lado del Kremlin, he visto una columna rememorativa, donde los bolcheviques han gravado los nombres de los precursores de la revolución rusa. Están allí Saint-Simon, Proudhon, Owen, Marx, Engels, Lasalle, Kropotkine y muchos otros. Y observen ustedes qué significativa coincidencia: ninguno de estos hombres ilustres provenía del proletariado. Eran burgueses o nobles que, abandonando su clase, fueron en busca de aquél.

Tampoco en el formidable cataclismo que da nacimiento a la URSS, los proletarios desempeñaron un papel de trascendencia. La Asociación de Lucha de Lenín contaba, entre cada diez miembros, nueve intelectuales y un obrero. La misma proporción existía en los primeros Congresos del Partido Socialista ruso.

Hoy, que la revolución se consolida, los comunistas rechazan a la burguesía. Sin alcanzar el verdadero sentido de aquella actitud, los comunistas de todos los países la imitan irreflexivamente y aislan así a la inteligencia, con lo que pierden un arma de indudable eficacia. Los rusos, en cambio, proceden con acierto.

Sobre Lenín, motivo de esta disertación, hemos de hablar detalladamente. Lenín no alcanzó la senectud. Cuando tenía 50 años, una enfermedad cerebral amenezaba paralizarle. Casi durante medio siglo, este hombre no había hecho más que hablar, esperando pacientemente el día de la toma del poder. Llegó al fin, en forma repentina y que él no suponía. Lo administró cuando se hallaba en suma plenitud creadora. Si no lo hubiera hecho, el mundo recordaría apenas al fanático y testarudo que predicaba sin piedad la matanza y el terror y del que todos los hombres honestos se apartaban. Porque, ésta es la verdad: poca gente del pueblo creía en él.

Así lo hubiera juzgado la historia. Los hechos fueron otros. Hoy, Lenín es el dios de una nueva religión naciente. Pero sin la victoria de octubre, poco se le conocería. Ni aún como pensador. "El Estado y la Revolución", su obra máxima, — un poco de Marx y de Hegel; otro poco de Maquiavelo y de los jesuítas — no se halla a la altura de quien la concibió. El teórico se encuentra muy por debajo del práctico. Porque la significación mundial de su obra reside en que supo trocar los conceptos en hechos.

¿Cómo se ha formado esta sabiduría singular? No lo sabremos nunca. Todas sus palabras, orales y escritas, se han recogido. Todas sus creaciones se discuten. A su cerebro mismo se le ha disecado hasta la última fibra. A pesar de todo, no lograremos levantar el último velo de esta alma

contradictoria y problemática, como la de todos los grandes hombres. Don Quijote, Hamlet, Fausto, han residido siempre en estos espíritus superiores. También los hallamos a menudo en Lenín.

Jamás hablaba de sí mismo; sólo se declaraba a veces conforme con algún éxito o lamentaba otras, un fracaso. Poseía, empero, la certidumbre de su misión providencial. Lo que no impidió que fuese el hombre menos vanidoso. No creía subjetivamente en este señor Lenín, sino en el Lenín que, aunque sólo fuese por azar, sabía el camino de la verdad y al que todos los hombres debían respetar.

No era dogmático. Adhería al socialismo pero en forma más bien abstracta y teórica. Había comprendido que el mundo no podía continuar su progreso sin un plan preconcebido que abarcara la producción y distribución de todos los bienes de esta tierra.

Era socialista internacional convencido y sincero. Aspiraba a una revolución mundial pero cuando observó que el plazo de su realización se extendía indefinidamente, se concentró en un país, el suyo, y no cesó ya hasta implantar allí sus osadas concepciones. No contradijo, por eso, su internacionalismo, Rusia — por la heterogeneidad de sus elementos — es algo más que una nación en la coexistencia universal. Es un mundo dentro del mundo.

Fué un pensador sobrio y científico. Pero en esta figura admirable había algo más aún. Un sutil misticismo, un raro sentimiento de lo artístico, residieron siempre en los estrados más íntimos de su alma magnífica. Lo ocultaba cuidadosamente. Pero, de vez en cuando, vislumbrábase a su pesar el fuego casi poético de su subjetividad. El mismo nos revela esta riqueza interior. También nosotros los bol-

cheviques, confiesa en una ocasión, hemos observado alguna vez las estrellas, hemos admirado lo fantástico.

¿Es que se creería, acaso, guiado por su estrella? No nos sorprendamos mucho si así fuera. No rechacemos de plano la posibilidad de un sentimiento fatalista. Porque si bien es cierto que entre el fatalismo antiguo y el determinismo moderno existe un abismo, hay igualmente entre ellos algo así como una común filiación. Quizás esta alma ardiente de soñador infatigable sea el verdadero Lenín.

A Colón, el nauta de lo ignoto, le llamaron borracho de estrellas. Tal vez el hacedor de la gran Rusia, lo fuera también. Se cuidaba, sin embargo, celosamente de que se le pudiera sospechar tan sólo esta embriaguez celeste. No alcanzó, sin embargo, la seguridad del Almirante, de haber logrado la tierra prometida, sino cuando, echado pie en el nuevo mundo, olvidó las teorías que le guiaran y encaró con férrea decisión la realidad de los hechos.

Había que poseer una cálida imaginación para vislumbrar en una Rusia socialista, el más poderoso imperio del mundo. Los bolcheviques se estremecieron ante su energía. La verdad es que sus compañeros de lucha no eran platónicos, porque, de lo contrario, hubieran recordado que el profeta de la utopía afirmó, desde hace largos siglos, que sólo con medios cruentos se realizará la gran transmutación a que aspiraba.

Le llamaron traidor. A él, que, enamorado desesperadamente de un ideal, multiplicó sus energías en el exilio, siguiendo como un sonámbulo su camino al borde del abismo. Sin remordimiento, él denunció a su vez a sus antiguos camaradas como desertores. ¿Estaba en lo cierto?

El, únicamente él, ha hecho la revolución rusa. Tuvo colaboradores. Es verdad. Pero, ante su talla gigantesca

alcanzaron apenas roles secundarios. Lanzado a la magna empresa, todo fué certeza, seguridad indeclinada.

No tenía la confianza de Marx en la infalibilidad de la teoría. Esta confianza sin límites en un proceso inevitable, que ha conducido al socialismo europeo al quietismo y al revisionismo. Es que Lenín no era únicamente marxista. No podía serlo este luchador exaltado, que llevaba su pasión a lo increíble. ¡Cómo había de reducirse a seguir pacientemente un ritmo evolutivo cuya culminación no se entreveía con claridad!

No. Lenín no espera. Su fe incommovible en la voluntad le enseña que todo obstáculo se derriba, que toda cumbre se escala. Sabía la fuerza inaudita que otorga el ideal a sus devotos. Y él lo era: Eso, el ideal, es lo que salva al hombre superior de naufragar en la miseria de la política cotidiana.

Sentía hondamente el extremo valor que en un momento dado adquiere un individuo. Parecía creer con firmeza en lo indestructible de su trayectoria. Así, cuando sus compañeros se trocaban paulatinamente en políticos profesionales, él se afirmaba en su posición de profesional de la revolución.

La expresión no es moderna. Los hubo en varias épocas. Pero la frase con que se caracteriza a Lenín tiene otro significado para él en el lento prepararse mentalmente para el momento decisivo. Aún así, ya hubo antes quienes lo fuesen. Pero Lenín alcanzó en ello la suma perfección. En forma tal que hizo de la política una ciencia artística.

Si en la teoría suscribió las doctrinas marxistas, ello no obstó para que obtuviera un considerable caudal de enseñanzas de las fuentes más opuestas. De Maquiavelo y de la Iglesia romana. Utilizó sus artes seculares, aunque, claro

está, con miras fundamentales distintas. Se labró así todo un sistema de acción al que imprimió su propia característica y puso luego al servicio de una idea que su razón colocaba como punto central de su vida, independientemente de sus aspiraciones personales. Con un vigor irresistible arrasó sin piedad con todos los valores del pasado, destruyó sin tregua las cosas más inconmovibles, siempre, sin embargo, mirando fijamente al futuro. En pos de una bella idea humana utilizó sin vacilar medios inhumanos. Singular aleación. ¿Sabéis cómo se llama? Leninismo.

De Marx emerge un concepto de seguridad en los fenómenos. El pensador alemán enseña a esperar. Lenín recorría, empero, un camino inverso. No reniega de la teoría pero, fecundado su juicio por la experiencia, reconoce sin vacilar que poco importa lo que dicen los sabios si no se halla de acuerdo con las exigencias de la hora.

Llegar, esa fué su ley. Dicen los jesuítas que el fin justifica los medios. Lenín — ¡qué curioso! — procedió como los jesuítas. Sin embargo, no era un ambicioso vulgar. Ya lo hemos dicho. Pero lograr el poder era para él el más íntimo resorte de su vida. En el curso de su obra monumental, no rehusó ninguna inconsecuencia, grande o pequeña.

Observemos cómo procedía Lenín. Plejanov había dicho que el zarismo sólo caería por la fuerza irresistible del proletariado. Pero el proletariado organizado, actuante, se contaba apenas en número reducido. Los obreros debían aliarse. ¿Con quién? Ese era el problema. Un núcleo de socialistas pensó en la burguesía liberal. Eran los mencheviques. Marx, que no siempre era marxista puro, lo había recomendado en algunas páginas no muy claras. Otro grupo, los bolcheviques, se inclinaba por el campesinado. Esto no era, por supuesto, ortodoxia marxista, porque — ya lo

sabemos — el campesino tiene sólidamente arraigado el sentimiento de la pequeña propiedad. Trotzky se opuso a esta solución, preconizando en cambio una revolución permanente. Era postergar los sucesos en forma indefinida. Lenín, bolchevique, no quería esperar. Si al movimiento le faltaba un impulso, había que hallarlo. Entonces, ¿por qué no enganchar las masas reaccionarias al carro revolucionario? Amigo de las estadísticas, calculó meticulosamente el número de los liberales rusos y constató que es apenas mayor que el de los obreros. En cambio, una tercera fuerza podía gravitar decisivamente por su cantidad. Era el campesino. Eso bastaba. Era necesario utilizarle, aunque luego la revolución se volviera contra él. Así se hizo.

Dijimos que Lenín seguía no pocas veces a Maquiavelo. Una vez más lo hizo cuando, al alcanzar el poder, se apresuró a apartar a aquellos que, por su natural arrogancia y su peligrosa egolatría, podían ser obstáculo en una tarea en que es imprescindible la armonía de las voluntades dirigentes.

Talentosos monarcas y sombríos tiranos hay en la historia que guardan no poca similitud con Lenín. Federico II, entre ellos, se asemeja hasta en lo anecdótico. Pero, además de la finalidad que se proponen, existe entre ellos una irreconciliable diferencia. Los déspotas ilustrados, instruídos en el culto a los héroes, establecen siempre entre su persona y su obra, vehículos indestructibles. Cuando aquella se extingue, ésta desaparece también. Lenín, en cambio, desterrando de sus actos todo residuo egoísta, realiza una obra tan permanente que alcanza a independizarse de su genio. Por eso, le sobrevive, aunque sus sucesores sean de un nivel inferior al suyo.

Partidario confesado de la acción, con un claro criterio de lo útil, repudia por absurdos los actos de terror individualista. Hacer. Siempre hacer. Aunque para ello sea necesario olvidar los programas. Por eso, se placía en las astucias de guerrilla. Tuvo muchísimas. Nada mostraba mejor su habilidad de caudillo. Era un Maquiavelo que intuía, tras las brumas de la distancia, el mundo venidero. Curiosa alianza, porque quien se propone algo grande desprecia los pequeños ardides, que desvían a menudo del camino preconcebido.

Esta aleación mística de político realista y de creyente entusiasta, da a la personalidad de Vladimiro Illitch Ullianov su cuño inolvidable.

V) *LENIN Y EL PUEBLO.* — EL SENTIDO DE LA INDUSTRIALIZACION RUSA

Aún no hemos agotado el tema de nuestra conferencia anterior. Continuaremos breves instantes con Lenín.

Este espíritu eminente profesaba un cálido amor al pueblo. Anhelaba elevarlo hasta obtener de él una sociedad superior .A veces oímos decir que no es posible amar a la humanidad sin alimentar iguales sentimientos hacia los hombres. Es un sofisma. Lenín, sin embargo, parecía profesarlo. El precepto cristiano de amor al prójimo no evidenciaba conocerlo. Quien observa la actividad sin dobleces del autócrata, pensaría más bien que detestaba a los individuos. Desde el primer folleto que produjo, revelábase ya la filiación aristocrática de este neoplatónico. El gobierno de las masas está reservado para los aptos, sin por ello ceder

ápice en sus aspiraciones de mejorar la vida de aquéllas. Tal debió ser su lema. Por eso, se placía noble y desinteresadamente en el ejercicio del poder.

Mientras Occidente quema incienso a las clases humildes, mientras sus hombres enuncian vacuas fórmulas, como la de que el conductor de las multitudes debe ser conducido por ellas, Lenín, sin perturbarse, afirma que, para el cataclismo que se avecina, un hombre de inteligencia poderosa tiene más valor que un millar de cerebros medios. Por eso, busca ansiosamente tan sólo una docena de talentos que le acompañen en su profesión de revolucionario. Cuando los acontecimientos se suceden, la decena se reduce a siete comisarios del pueblo. Más aún. A uno solo: él.

En alguna ocasión, expresó, es verdad, conceptos diferentes. En un Congreso de su partido defendió la tesis de elevar la proporción de obreros en la dirección de aquél. Tenía sus razones. Se planeaba una huelga general que degeneraría en levantamiento armado y era necesario el más decisivo apoyo de los trabajadores.

No es Lenín una excepción a estos procederes. En un organismo que debe existir en la ilegalidad y en el destierro, los jefes — ilegales y secretos necesariamente — tienen siempre algo de dictadores. Todas las más altas mentalidades, todos los grandes caudillos se ven constreñidos en ocasiones a valerse de la mentira. A veces, sólo engañan a los contemporáneos. Otras, aún a los historiadores del futuro.

Era un psicólogo intuitivo, un vidente del alma popular. Cuando se lanza a realizar su reforma agraria, con todas las apariencias de una consagración de la pequeña propiedad se le ataca vehementemente, arguyendo que ello conduce a favorecer la formación de una conciencia campesina

hostil al socialismo y más peligrosa que la de los antiguos terratenientes. Lenín no se inmuta. Sabe que esas masas sólo apetecen las formas de la propiedad, no aspirando, en cambio, al ejercicio del poder, siempre decisivo. Utilizando el poder, Lenín ha de hacer la revolución proletaria con hombres que no tienen mentalidad proletaria.

Tras la revolución, cuando se convoca el Primer Congreso Panruso, los bolcheviques alcanzan únicamente la quinta parte de los votos. La mayoría es hostil a las inspiraciones leninistas y solicita sin transigencias una auténtica representación campesina en el gobierno. Lenín utiliza, entonces, un hábil recurso: seduce a los rebeldes con el anzuelo dorado de la propiedad. Los campesinos ceden. Pero los bolcheviques, colectivistas a ultranza, alzan su protesta. Lenín es un traidor. El partido asemeja un incesante y turbulento bullir de pasiones. El padre de la revolución permanece sereno. Durante algunos instantes mantiene breves parlamentos con sus impugnadores. Cuando se reanudan las actividades la calma vuelve a imperar. El partido obedece. Nadie sabe qué argumentos ha utilizado, pero Lenín juega con su partido como con los campesinos. No siente temor ni respeto por nadie. Poca cosa son esos conceptos abstractos de proletariado, de partido, de teoría... En holocausto a la idea que rige sus actos, todo sacrifica. Hasta su propia personalidad.

Digamos algo sobre el futuro del proletariado. A poco que observemos, nos será fácil comprobar que el proletariado ha vivido hasta hoy para un trabajo que realizan o realizarán las máquinas. Entremos en una de esas modernas salas de máquinas y no hallaremos más que un hombre que todo lo dirige. La máquina ha desalojado al obrero. Las decenas de millones de desocupados que ambulan su mise-

ía por el mundo son un símbolo de nuestra actividad mecánica. La máquina favorece la vuelta a un estado primitivo donde la vida se hace posible con un mínimo de esfuerzo. Sólo los hombres, que se obstinan en no hallar su liberación en el maquinismo, truecan la felicidad en un desastre universal. Así, en el período post-bélico, la racionalización de la industria aumenta a grandes pasos, a la vez que disminuye la capacidad de consumo de las masas. Será menester que en el futuro se equiparen la producción y el consumo según las necesidades verdaderas.

Nadie negaría ya que marchamos hacia una progresiva reducción de la jornada de trabajo. Hay sin embargo, quien pretende ver con ello un síntoma de decadencia. El ocio es inevitable, arguyen, y con él, los vicios que engendra. ¡Qué torpeza! Olvidan que el ocio es el comienzo de toda la cultura. No es el ocio la antesala de la delincuencia, sino, precisamente, lo es la imposibilidad de alcanzar un nivel de vida de acuerdo a las necesidades del momento.

Pero éstas son argucias antiquísimas y pueriles. Cuando el obrero consumía su existencia en las catorce horas diarias de una fábrica, también los moralistas y los industriales ensayaban a dúo cánticos plañideros de la misma esencia. Es una ley natural que el trabajo de la máquina disminuirá el trabajo del hombre. Contra ella, todo intento es vano.

¡Qué distinto será el mañana! La humanidad, no lo dudemos, llegará a imponer a sus hijos tan sólo una hora diaria de labor. El proletariado desaparecerá. Cuando menos, perderá su sentido. Podríamos aún elevar nuestra imaginación hacia una sociedad en que exista aquel ejército del trabajo, cuyas bondades cantaron con comunicativo entusiasmo los utopistas del socialismo, integrado por jóve-

nes sanos de mente y de cuerpo, que dediquen sus nobles energías durante una breve época de su existencia a las tareas de la producción, para luego, en el seno de una sociedad comprensiva, lanzarse de lleno al cultivo de las artes o al estudio de las ciencias.

Volvamos a nuestra realidad. Aún el proletariado es necesario y constituye una mayoría disconforme razonablemente con su situación. Su existencia miserable únicamente la justifica el desorden de nuestro régimen social. El proletariado vive en él con un estigma vergonzoso. Lo padece en todo instante. La sociedad futura, en cambio, no le negará ya una sólida educación y permitirá que la selección de los mejores se realice sin las torpezas y los impedimentos que la desvirtúan en la actualidad. El respeto hacia las inteligencias superiores será, entonces, un corolario inevitable. Hasta el pensamiento mismo de los mejor dotados se hará más amplio.

Adherir a esta humana aspiración de mejoramiento proletario, no implica admitir sin reservas algún dogma político muy en boga. Tal, el de su participación en el gobierno. Opinamos que no es conveniente sin la previa elevación cultural. Para ello, recordemos algunos acontecimientos rusos. Existían, bajo el régimen de los zares, organizaciones proletarias que, en el fondo, eran lo que hoy llamaríamos antileninistas. En una palabra, sindicatos obreros sin filiación política, dispuestos en cada instante a solicitar de la gracia del monarca que los oprimía, algún menguado auxilio. Realizaban en una ocasión esta tarea, cuando los cosacos hicieron entre ellos una matanza brutal. Estas agrupaciones trocaron súbitamente su pacifismo en rebeldía. Se multiplicaron con rapidez en todo el país y fueron luego al amparo de la crisis provocada por la guerra ruso-japone-

sa, el elemento que impulsó la revolución de 1905. Renacieron luego en 1917, vigorizadas por la colaboración de campesinos y soldados y fueron también instrumento contundente para alcanzar la victoria. Empero, Lenin no debía confiar mucho en ellas cuando al organizar el nuevo Estado, redujo al mínimo su derecho de elegir sus mandatarios. Porque la República de obreros, soldados y campesinos es, justamente, el país donde menos intervención tienen en el gobierno los campesinos, soldados y obreros.

Es tal la organización de la Rusia actual, que la voluntad popular no podría imponerse en forma alguna. Sin embargo, el obrero debe declararse forzosamente conforme con este régimen. Porque toda Rusia es hoy una inmensa construcción económica y cultural para hacer más bella su vida. Allí están los mejores teatros, las más grandes bibliotecas, las más modernas escuelas. En política, en sí, sólo se le reservan los atributos externos del poder. Reina, pero no gobierna. La nueva igualdad le hace olvidar este detalle y vive gustosa. No quiere más. No necesita más. Por ahora.

Llegamos aquí a un punto que adquiere una trascendencia enorme para Rusia. Más aún: para toda la humanidad. Rusia ha vivido jornadas de intensa miseria, adormecida al parecer en el letargo de un ensueño grávido de promesas. El pueblo ruso ha acatado el nuevo régimen. Y, permitidme una discrepancia, yo no creo que ello se explique por ese sentimiento inasible de sumisión que surge del alma eslava. No creo tampoco que el motivo sea la opresión de una dictadura sin control. Miente quien tal diga. El Soviet no se muestra tan celoso, como creen algunos ingenuos, en aplastar todo germen de discordia.

No. No es eso. Es que tras la dictadura, tras la mise-

ría, emerge una idea. Una idea que el espíritu luminoso de Lenín supo infiltrar en los rincones más ocultos del alma de un pueblo. La idea del sacrificio, en pos de la cual él, Lenín, profesando con los actos, dió el más elevado y conmovedor ejemplo, encauzando su vida toda, suprimiendo su "yo" íntimo, hasta lograr elevarla a la categoría de fuerza histórica.

Sobre ella se ha construído el nuevo Estado. Por ella se mantiene el régimen soviético. Por vez primera en las crónicas humanas, los hombres que alcanzan el poder en las circunstancias que los bolsheviques, no lo usufructúan en su propio provecho. No es un placer gobernar a Rusia. Es un sacrificio. Los comunistas, dedicados íntegramente a esta tarea, no cobran más de 300 rublos. En cambio, hay hombres fuera del partido que perciben miles. ¡Y qué actividad. Allí se hace todo tan intensa, tan febrilmente que eso ya no es trabajo. Es sacrificio.

Yo he visto a esos hombres. Les he observado de cerca y confieso que conmueve su aspecto monacal, su rostro donde se revela la férrea disciplina a que se hallan sometidos.

El gobierno se procura en esa forma el respeto moral necesario para desempeñar su tarea. Todo el pueblo le acompaña. Rusia es el mejor testimonio de que el materialismo histórico es insuficiente. Que la humanidad no ha abandonado todavía la era de la religión. Porque, repitámoslo, la gran Rusia se mantiene merced a una idea. La de que su pueblo se sacrifica en beneficio del orbe entero. Es la nueva religión. Por cierto que muy superior a la antigua.

Entremos ahora a ocuparnos de la industrialización en la URSS. Recordemos el camino que se propone recorrer en tres quinquenios: cinco años para las máquinas, dicen

los rusos, cinco para las máquinas y para los hombres, y cinco para los hombres. Es decir, que durante el primer plan quinquenal, a Rusia sólo le interesa la máquina. El Soviet decreta la rápida y estricta industrialización. La grande y pequeña industria debían lograr su independencia del exterior y alcanzar a exportar para poder competir con éxito en el mercado mundial. En otros términos, una revolución en la que el héroe era el pueblo mismo, porque para realizarla se hacían indispensables prolongar su sufrimiento. La industrialización requiere máquinas, muchas máquinas extranjeras. Había que adquirirlas a cualquier precio. Y Rusia tenía apenas para comer. El rublo valía muy poco porque en el interior, el estado que no vende sino que distribuye, le ha quitado todo poder adquisitivo. Aún hoy, los alimentos, los vestidos, etcétera, aunque superiores a los que se conocían bajo el Zar, no son muy envidiables. A Moscú, que ha aumentado su población de menos de uno a tres millones, le faltan casas. Se construye poco. Es que todos los recursos marchan al exterior, en fantástica peregrinación, para volver convertidos en máquinas. La vida es difícil. Se dice que si continúa por dos años, la bancarrota se hace inevitable. Quizás sea verdad. Pero se olvida algo fundamental: esa miseria responde a una intención precisa y puede desaparecer cuando se lo juzgue conveniente. Si así se viera el Soviet obligado a proceder habría menor celeridad en la empresa, se postergaría el resultado final, pero jamás se modificará. Recordemos, por otra parte, que todas las épocas de intensa industrialización se acompañan con una declinación manifiesta del bienestar del pueblo. El Soviet está en lo cierto cumpliendo su programa admirable. El capitalismo sabemos ya dónde nos conduce: a

la crisis y al caos. El socialismo puede ser la fuerza redentora del mundo. Rusia lo dirá.

Si estudiamos los resultados obtenidos, constataremos que cada año disminuye sensiblemente la posibilidad de un fracaso. Cada año el producto extranjero se hace menos necesario. Porque Rusia se va bastando a sí misma. Pero no siempre el futuro asumía tan bellos matices. Cuando el Soviet impuso la industrialización, se lanzó a la tarea con una audacia sin límites. Existía el peligro permanente de que el pueblo no alcanzara a resistir las privaciones de todo género que importaba. Era necesario, sin embargo, proceder en esa forma. Algo más que un futuro bienestar de las masas rusas se jugaba en esa cósmica epopeya. Allí residía la condición necesaria para la consolidación del socialismo en un país y para la realización de una futura y decisiva revolución mundial. Pensemos cuánto derecho tenía el Soviet para arriesgarlo todo por la consecución de tan altos afanes.

Rusia es un país agrícola por excelencia. No es, pues, posible, realizar el socialismo sin lograr antes colectivizar la agricultura y los campesinos. Son éstos un elemento irrenunciable. La Revolución lo demostró, pues sin ellos no se hubiera realizado. Los campesinos trasformados en soldados, dieron al viejo régimen el golpe de gracia. La revolución no era posible sin la indisciplina del ejército y ésta a su vez no lo era sin la guerra. Ergo: la revolución no era posible sin la guerra. Lo predije en mi libro "Biología de la guerra", afirmando que al conflicto bélico europeo seguirían necesariamente las revoluciones y las dictaduras, síntomas manifiestos de la descomposición de un sistema.

En nadie más arraigado el sentimiento de la propiedad que en el campesinado. Sin embargo, ¡con qué habilidad Lenín lo transforma en tropa de asalto para alcanzar el so-

cialismo! Luchó con denuedo en la guerra civil, persiguiendo algo que luego necesariamente se le negaría. Motor de su actividad, no era, al fin y al cabo, más que una ilusión. El hombre las tuvo en todas las épocas. Patria, familia, religión, en el pasado. Tierra, lo fué en un momento para los campesinos rusos.

Comprendamos qué difícil se hace la socialización en el campo. Sólo la industrialización puede cumplirla. Porque el socialismo, en definitiva, no es más que la adaptación a las máquinas. En Rusia, faltaba en la campaña la educación colectiva de la fábrica. Una intensa industrialización llevará a cumplir en los campos el propósito primordial. Donde faltan las máquinas, en vano el Soviet proclama las bondades de un sistema. Porque no es el hombre el que crea el socialismo, sino las máquinas.

VI) LA FUERZA ECONOMICA DE RUSIA (1)

La socialización a que se halla sometida Rusia dentro de sus fronteras, no puede ser un impedimento para que sus hombres aspiren a extender los beneficios de su sistema por todo el universo. Nada hay más comprensible que el afán de propagar una fe profesada con sinceridad y entusiasmo. Para lograrlo, necesita llegar a ser una entidad poderosa en el concierto mundial. Pero esta situación de privilegio requiere para ser alcanzada la convergencia de factores especiales. En otra oportunidad, hemos estudiado detalladamente cómo sólo los países industriales se encuentran en situación de llegar a ese predominio económico y cultural en nuestra civilización. Los países agrícolas, en cambio, se ven sometidos indefectiblemente a una situación de

inferioridad. Ni su economía ni su ciencia pueden tener los estímulos que proporciona una intensa industrialización. Rusia sentía, pues, la necesidad de enrolarse en la serie de las grandes potencias para realizar primero el colectivismo en su territorio y poder luego desempeñar en el orbe la función a que se considera destinada. La cuestión fundamental reside, entonces, en saber si la industrialización es posible por la naturaleza del país.

El carbón, base de la industria, se halla muy desigualmente distribuído en el planeta. Lo concentra una zona que se extiende desde Estados Unidos hasta China, abarcando Europa y Rusia.

Esta zona es la que indefectiblemente está destinada a industrializarse. Proceso secular, que inició Inglaterra, continuándolo luego Francia, Alemania, Estados Unidos. Toca ahora el turno a Rusia y ha de seguirle China. No nos quepa de ello la menor duda. Es un fenómeno inevitable.

Tanto lo es que el hombre no hace más que acatarlo. ¿Qué importa que el inglés prefiera las especulaciones comerciales o el alemán sintiera atracción irresistible por las disquisiciones filosóficas? Cuando aparece el carbón, el comerciante y el filósofo se truecan en industriales. Lo mismo ocurre en Rusia y es lógico, entonces, que en los primeros períodos, la adaptación a las nuevas actividades encuentre dificultad. Aún se trabaja mal en la U. R. S. S. pero no podemos dudar un instante que el éxito más completo coronará esta empresa. Hay factores decisivos en su favor. Entre ellos, su enorme superficie y su población, que crece ahora con más celeridad, a punto tal que cada tres años la aumenta en una cantidad igual a la que puebla la Argentina. Y aún recibirá inmigración, en Siberia sobre todo. Tal es su formidable capacidad de trabajo.

Observemos este hecho de la población. Hasta en el Rusia ha obligado a modificar conceptos de mucho arraigo. En la actualidad, el movimiento demográfico sólo reconoce una fuente de ingresos: el nacimiento. ¡Qué interesante! Hay en el mundo una nación que — mientras todas las demás desesperan por el aumento de sus individuos y oponen trabas, como Estados Unidos, de toda índole al respecto — ve con alegría ese fenómeno. Y esto sucede allí, justamente, donde se ha destruído la familia y se ha permitido el aborto legal, contrariando la opinión de eminentes hombres de ciencias que atribuían a éste un efecto devastador.

Ya nos hemos referido a esa dinámica de la vida rusa, a ese fenómeno psíquico que impulsa a un mundo. El comunismo ha hecho que el pueblo crea en sí mismo y le ha facilitado la llave maestra que franquea todos los obstáculos. El aumento de la natalidad no es nada más que uno de sus muchos resultados. 160 millones de seres habitan hoy ese país. 600 pueden llegar a ser mañana. Mientras tanto el progreso de la población no es posible en Europa y Estados Unidos lo evita. Les falta lo que a Rusia sobra: vitalidad.

En su inmensa superficie, obtiene Rusia todos los productos. Aún no tiene caucho, pero ya se realizan experimentos para obtenerlo. Cuando lo consiga, podrá bastarse a sí misma. Es decir, es el único país que puede considerarse soberano en el más amplio sentido del vocablo. A excepción de Estados Unidos, que puede serlo, y de China, que necesitaría para ello una intensísima industrialización.

Hemos afirmado que Rusia se encuentra en inmejorables condiciones para industrializarse y es ahora fácil observar con qué celeridad se cumple este fenómeno. Occidente mismo le facilita la empresa. Es que ocurre a este res-

pecto algo muy curioso. El capitalismo mundial no vacila en suministrar al nuevo Estado las máquinas que éste solicita. Lo hace con una suprema inconsciencia, en la creencia de que aquel pueblo lejano, aislado en medio de un universo hostil, debe perecer sin remedio. A diario, la prensa pregona sin fatigas el desastre inminente, vociferando apóstrofes abrumadores contra el maldito bolshevismo. A diario también, el capitalismo a que pertenece esa prensa, provee a ese bolshevismo de las armas que, tarde o temprano, utilizará éste contra aquél. La historia se repite. La sociedad caduca que se derrumba favorece el surgimiento de la que ha de continuarla. Esta aparente ley finalista se explica como un simple caso de la ley general de adaptación.

Claro que hay, además, una hábil política por parte de los Soviet. Recuerdo que hace 28 años, cuando visité la actual Leningrado, al concurrir al Museo Naval, observé con asombro que, entre los modelos de buques que se exhibían, pertenecientes a las distintas potencias, Japón contaba con unas modestas embarcaciones a vela. Los marinos zaristas sonreían ante la indigencia oriental. Pero cuando la guerra ruso-japonesa estalló, Japón lanzó por los mares una escuadra poderosa y moderna que nadie sospechaba. La había ocultado celosamente hasta el momento decisivo. Rusia procede hoy en forma análoga. Sus estadísticas no nos dicen el verdadero estado de su economía, sino en una forma disminuída y sugestivamente modesta. Porque Rusia debe ocultar al capitalismo su verdadero vigor. Anhela, por tanto, que éste le permita desarrollar pacíficamente todas sus posibilidades.

Son muy grandes sus aspiraciones. No descansan únicamente en la idea de una supremacía. Va más lejos. La industria bolshevique debe destruir la industria capitalista.

Para lograrlo, se ha dado los planes quinquenales. Pero, en realidad, Rusia ha vivido siempre, desde los primeros momentos, bajo el imperio del orden, según planes anuales. No son, pues, una novedad para los comunistas estos quinquenios. En ellos, está todo tan minuciosamente calculado que, llevados a la práctica, se puede decir que en Rusia no se desperdicia ni un solo tornillo. Es verdad que no puede exigirse una fidelidad total en la ejecución. En algunos órdenes se han superado las previsiones, como en la socialización de la tierra, a la vez que en otros no se las ha cumplido íntegramente. Poca cosa son, ante el soberbio conjunto, estos resultados parciales. Lo que podemos creer es que el objeto primordial de los planes quinquenales está satisfecho.

Hay un problema de sustancial importancia que encarar respecto de la actividad industrial en Rusia. ¿Logrará ésta realizar la competencia en los mercados capitalistas, en tal magnitud que importe sumir a los pueblos en la disyuntiva de plegarse al comunismo o morir de hambre? En los primeros instantes, pensó Rusia en la revolución mundial. Pero ésta no se realizó. En Alemania y Hungría fué virtualmente aplastada. Se imaginó, entonces, al Ejército Rojo emprendiendo una cruzada redentora por el Asia, liberando China e India, estableciendo el Gran Soviet oriental, arrasando el capitalismo de Berlín y Londres para llegar finalmente hasta los Estados Unidos. Pero estos sueños belicosos se han olvidado. Hoy, el Soviet es pacífico. Prefiere dedicarse íntegramente a la realización del socialismo en su pueblo. Creo que una revolución en el extranjero no contaría con su apoyo material. Es que no desea, por otra parte, que las potencias capitalistas se coaliguen directamente para combatirle.

Digamos que Rusia vencerá en esta pugna que ha entablado con el capitalismo. No olvidemos, empero, cuál ha de ser la verdadera victoria. Rusia debe demostrar que en el régimen soviético los individuos disfrutan de un nivel superior de vida. Porque la historia nos indica que no todos los éxitos se deben a las mejores cualidades del triunfador. Si nos trasladamos un instante a la evolución del pensamiento, recordaremos numerosos ejemplos que confirman tal aserto. En la actualidad, la ciencia moderna lucha con denuedo contra el hegelianismo, que aumenta paulatinamente su poderío. La misma Rusia se basa en Hegel. Es probable que haya un éxito más o menos inmediato de éste. Yo espero, sin embargo, que de la ciencia sea el triunfo último.

En la fase económica, es necesario aún investigar si Rusia puede vender con beneficio sus artículos a precios inferiores. Nos ocuparemos de esto en la próxima clase.

VII) LA FUERZA ECONOMICA DE RUSIA

(Continuación)

Estudiamos en la conferencia última cómo es posible la industrialización en Rusia ,así como la importancia que adquiere para realizar el socialismo, no sólo dentro de sus fronteras sino en todo el orbe. Aspira, además, el Soviet, a competir con la industria capitalista, conduciéndola paulatinamente a la impotencia hasta colocar a los pueblos en la disyuntiva de plegarse al comunismo o perecer de hambre. Veremos qué probabilidades lleva en ello y cuál es su fuerza en el mundo capitalista.

Una nueva guerra, aún más importante que la de 1914-1918, se realiza en nuestros días. Es la que se ha entablado

entre Rusia y el resto del mundo. Nos referimos solamente a uno de los aspectos que ofrece: el económico, en el que aquella actúa con ventajas indudables. Los otros — ideológico, psicológico, etc. — permanecen todavía imprecisos. Es necesario, pues, conocer cuáles son las armas que se utilizan.

Desde que los medios de transporte adquieren una difusión extraordinaria, los países agrícolas se transforman en países proletarios. Los rusos, interpretando el imperativo de la hora, comprendieron que industrializarse era la condición indispensable. Su territorio los favorecía admirablemente, por la abundancia de las materias primas. Concibieron, entonces, planes osados de trabajo, que los especialistas calificaron de imposibles y aún de pueriles. Se cumplen, sin embargo. El primer plan quinquenal se dará por terminado, con seguridad, en cuatro años. Pero no nos interesa mucho su extensión. Lo esencial es averiguar cuándo y en qué proporciones Rusia competirá en el mercado de la industria.

Lo hará. Es inevitable. El mundo, sin embargo, parece no alcanzar la magnitud de esos hechos. Mientras tanto, Rusia trabaja en condiciones singularmente favorables. No tiene desocupados, lo que produce la sensación de que desconoce la crisis. Yo creo, empero, que cuando termine el proceso de industrialización a que se encuentra sometida, se modificará su estructura. En este sentido el peligro ruso no existe.

El hecho de que coloque ya materias primas en los mercados a precios inferiores, tales que en otros países no alcanzaría a cubrir los gastos de producción, ha permitido enunciar motivos absurdos, divorciados de la verdad. 'Dum-

ping". Trabajo forzado. Dos fantasmas que se esfuman a poco que los analicemos. Es verdad que en Rusia, el que no trabaja no come, pero ésta es una ley natural y tanto es así que la obligatoriedad apenas es más pronunciada en ella que en el resto del mundo. ¿Y el "dumping"? ¡"Dumping", en un país donde en el interior no hay venta sino distribución!

Esa es la verdadera causa. La distribución la explica todo, porque implica un progreso importantísimo. Ya hemos dicho que la adaptación a la máquina, función de nuestro siglo, la está efectuando la U. R. S. S. Es un proceso necesario. Averigüemos qué consecuencias ha ocasionado en la sociedad capitalista.

Es conveniente afirmarse en esta convicción de lo imprescindible de un nuevo sistema de distribución de lo producido. No es menester ser socialista para hacerlo, porque ello no implica la aceptación integral del socialismo. Es una norma práctica investigar la solución mejor que requiere cada caso particular. No podemos, ante el grado de experiencia que atesoramos, pensar en una panacea universal. Desconfiemos de los términos absolutos. Escribió Marx con certeza de vidente su sentencia célebre: "La religión es el opio de los pueblos". Pero ¿y la omnipotencia social en que se confía con fe religiosa, no será una nueva forma de ese sentimiento?

Aún podría Rusia ofrecer sus artículos a precios más bajos. En este sentido es realmente invencible. Podría dar gratuitamente sus productos sin alterar la economía nacional. El Soviet calcula con cuidado la producción y el consumo con sujeción a un sistema muy hábil. Distribuye luego y ya salva todos los gastos de producción. No nos extrañemos, entonces, que a veces pueda colocar su mercade-

cía en condiciones irrisorias. Nos bastaría recordar el caso de la madera rusa en España. El gobierno de ese país la gravó fuertemente para satisfacer las exigencias de sus tradicionales proveedores europeos, que no podían soportar una competencia semejante. Rusia continuó introduciéndola. Fué necesario que los derechos aduaneros llegaran a constituir verdaderas murallas, para que abandonara el mercado.

¿Qué defensa ensayar ante enemigo tan temible? En vano se clausurarán las fronteras. Rusia soviética puede bastarse a sí misma, y en cambio seguirá siendo necesaria para aquellos países que, indefectiblemente, no continuarían en esa política de aislamiento ante las mejores condiciones de la oferta. Euroyanquia sería, en definitiva, la que llevaría la peor parte. Asia, Africa y Sud América, se hallan en este sentido subordinadas a Rusia.

Se dirá: imitémosla. Inútil. Ya se ha hecho. Se viene pidiendo con insistencia desde hace tiempo un dictador económico. Es en vano, porque existe un obstáculo previo que remover: la propiedad privada.

Un plan general que rija la economía mundial es totalmente incompatible con la economía privada. Veamos un ejemplo. En otoño de 1931, comprobó el Soviet que su producción de carbón resultaba insuficiente. La causa era pequeña: la repugnancia de los obreros a trabajar bajo tierra. La solución no se hizo esperar. Los salarios se aumentaron en un 50 por ciento. Esta medida, que restableció de inmediato el equilibrio, sólo es posible en Rusia, donde el pago es más o menos ficticio. ¿Qué industria privada hubiera procedido en igual forma?

Es absurdo, por otra parte, suponer que una creciente intervención del Estado en el régimen capitalista, podrá

proporcionar a éste la tabla de salvación que anhela, porque equivaldría de por sí, en la medida de su intensidad, a herir al capitalismo en su propia esencia. Sin embargo, es lo que está sucediendo. La libertad de empresa absoluta de los primeros individualistas se aminora a diario. El maldecido bolsheviemo se infiltra sin remedio en todo el mundo.

Haber demostrado en los hechos que la regulación en la distribución es indispensable en la economía moderna e incompatible con la iniciativa privada es la gloria de Rusia, a la vez que el principal factor que hace posible su competencia en las proporciones que estudiamos. Ante ella, el capitalismo debiera cuando menos convertirse en socialismo de Estado. Con más veracidad, se podría decir que el socialismo de Estado es, precisamente, lo que impera en Rusia.

Una última esperanza puede aún alimentar Euroyanquia. El fracaso de la industria rusa o el derrumbe soviético. De lo primero, hemos concluído que es más imposible cada día. De lo segundo, podría hacerse igual afirmación.

En vano se espera que el pueblo se rebele y ponga fin por su propia mano al régimen de su país. Una propaganda inteligente y continuada le ha hecho comprender el espectáculo que ofrece el universo en este instante y la trascendencia de su esfuerzo. No. No se ha de insurreccionar justamente cuando vislumbra ya una vida mejor. No todos sus hombres son comunistas, ni menos stalinistas, pero no impide eso que sean adictos al régimen soviético, cuya grandeza alcanzan a percibir. Quizá olvide la humanidad el vocablo "comunista", pero el rumbo general de la política económica de la Nueva Rusia no podrá jamás borrarse de la historia.

Podemos ir conociendo ya la esencia del experimento ruso y apreciar lo que hay en él de bueno y de malo. Con estos preciosos antecedentes, Europa se encuentra en condiciones de superarlo. Rusia lo inició en pésimas condiciones. Esto influyó en el resultado y condujo a la necesidad de la dictadura. Comprender esta necesidad no implica que dejemos de aspirar a ver desterrada a la dictadura de nuestras sociedades.

Yo no soy defensor incondicional de la libertad. Creo que el proceso humano conduce al individuo a una progresiva sujeción a las leyes naturales. Empero, hay una libertad de la que no podemos renegar nunca: la de usar ese instrumento maravilloso que es la razón. La razón, cuyo ejercicio no puede ser suprimido sin atentar contra la humanidad. Esa libertad no existe en Rusia. Lejos estoy, sin embargo, de pretender que esta primera experiencia alcance un grado supremo de perfeccionamiento. Pero es peligroso que toda una generación viva sin conocer la libertad espiritual. El nuevo sistema económico ha necesitado de la violencia para imponerse en Rusia. Deseemos nosotros ahora que Europa logre igual adaptación por medios pacíficos.

Porque en vano se buscará otra solución. La máquina ha constituído hasta hoy un verdadero desastre. Trabajando sin medida, produce lo que el hombre no podrá aprovechar. Los siglos venideros no comprenderán este absurdo. Ya hemos dicho dónde reside. Es imprescindible agregar a la forzosa socialización en la producción, la socialización en la distribución. Es posible realizarla. Los hombres razonables y de buena voluntad deben tentar su ensayo.

Europa se desvía hoy de la meta que le impone el momento. Pero el imperativo es terminante: debe adaptarse a

la máquina. Lo hará. Por eso; porque es imposible evitarlo. Sólo nos resta desear que lo haga pronto y con libertad

VIII) LA VIEJA Y LA NUEVA FE EN RUSIA

Hemos de ocuparnos hoy de un aspecto cultural de la obra de los Soviets: su lucha antirreligiosa. Cuando se implanta un régimen de la universalidad del ruso, el intento de desarraigar todo germen de dogmatismo religioso, no es ya lógico, sino necesario. Bien hacen, pues, los dirigentes de la U. R. S. S. en trabajar con pertinacia en su extirpación.

La religión es, por su etimología, algo inmutable. Esta permanencia, esta osificación dan a las leyes seculares de las iglesias su carácter de inaplicabilidad en nuestra época de maquinismo y de devenir constante y agitado. La religión no pudo evolucionar. En su entraña misma reside una impotencia irrefragable. Con orgullo insensato cree tener la verdad y su búsqueda se hace desde ese momento innecesaria. Reniega del progreso. Se aferra a lo estable en medio de un torrente de cósmicas trasmutaciones. De espaldas a la vida, desconoce su ley fundamental. Pero no importa su ignorancia. También a ella se ha de aplicar. También ella ha de perecer.

En el proceso de su cristalización la idea primitiva de un dios se emancipa de su construcción dogmática y termina por desvirtuarse. Hoy, los dioses han muerto. Pero no fué Voltaire quien cercenó sus cabezas. Fueron las ciencias exactas y naturales del siglo XIX.

Claro que hallamos también en la religión un motivo de respeto. Su fondo ético puede ser de valor considerable, aunque se halle siempre fuertemente condicionado de subjetivismo. Aún así, podríamos decir que esta elevación se

prahumana del individuo atenta contra la humanidad porque aleja a sus hijos de los fines que aquélla le impone en la tierra. Se contradicen, en esa forma, todos los conceptos sociales que nosotros aceptamos. El hombre, huyendo de celestes egoísmos, debe encontrar en su plenitud la esencia misma de su razón de ser. Comprendemos entonces, que un credo que sustenta una noción de la vida cuyo móvil le impulsa a realizar el paraíso entre los hombres, no puede sino adoptar una sola conducta frente a las creencias religiosas. La lucha contra la Iglesia se hace impostergable.

Es que la humanidad no se detiene. La ciencia construye paulatinamente su edificio magnífico y armónico. El invento y el descubrimiento no son contingencias. Son necesidades. Admiremos a Galileo, a Newton, a Einstein. Pero no dejemos de pensar también que si sus genios prolíficos no hubieran alumbrado en un instante preciso, otras criaturas humanas cumplirían igual misión.

No podría, pues, el Soviet, adoptar otra actitud. Es menester combatir sin tregua a la vieja religión. Rusia debía ser antirreligiosa. Lo es. Pero no constituye tampoco el anticristo. Aún hay en ella más tolerancia de lo que se cree. No es tan implacable el Soviet. Los rusos pueden elegir su propia religión y profesarla con considerable libertad. El derecho de asociación, que se ha restringido, favorece a las agrupaciones religiosas. Tanto es así que adversarios decididos del régimen no encuentran mejor refugio para sus opiniones y su acción que esas entidades, aunque jamás hayan sustentado creencias afines.

A algunas sectas se les ha permitido sustraerse del servicio militar. Son las que tienen acreditado un prolongado y evidente pacifismo. A otras, en cambio, que han querido

acogerse a beneficios semejantes sin más antecedentes que una larga crónica de dobleces y mentiras, los bolsheviques debieron darles una lección práctica de moral.

Se habla muy a menudo de sacrificios de sacerdotes. Con acento conmovido se nos recuerda los fusilamintos de obispos. Existieron, es verdad. Eran momentos crueles para el pueblo ruso. El hambre amenazaba diezmar las poblaciones. Una aguda crisis sometía a sus hombres laboriosos y sufridos a una prueba de fuego. Se recurrió, entonces, a los ministros del Señor que conservaban todavía de la época zarista sus inmensas riquezas. Se negaron a otorgar favores. El Soviet procedió. Ahora, ya no existen. Quien dice que esto es perseguir al cristianismo no sabe lo que es el cristianismo.

Los cristianos son bien tratados. La propaganda religiosa es continuada, pero inteligente. Se rige por criterios prácticos. Al labrador que confía aún en los poderes divinos para lograr una buena cosecha, se le enseña más bien la necesidad de renovar el arado o ensayar nuevos cultivos de acuerdo a las características del suelo. La violencia se abandona. Rusia no quiere crear mártires y prolongar así, por contraste, la agonía de la Iglesia.

Una cosa es evidente: no se puede pertenecer a la vez al Partido Comunista y a una iglesia. El comunista vive para la tierra; el devoto para el cielo. No obsta ello, empero, para que el que reniegue del comunismo ingrese a una religión. La elección se puede hacer y los sentimientos se respetan.

Podríamos citar algún ejemplo. Es sabido que en la Nueva Rusia el trabajo ha dejado de ser una ignominia. Su obligatoriedad se ha extendido a todas las esferas, sin establecer por ello categorías infranqueables. También los

hombres de ciencia ejecutan labores manuales. Recuerdo que en una ocasión, a 15 kilómetros de Moscú, se encontraba detenido un tren de carbón, cuya descarga no podía efectuarse por falta de obreros. El gobierno encontró enseguida una fácil solución. Dirigióse al Gran Instituto Fisiológico e impartió órdenes para que su personal efectuase esa tarea. Horas después, todos, hasta sus directores, la realizaban. En las escuelas se procede en igual forma y la energía colectiva se aplica con regularidad a distintos objetos. Entre ellos, la demolición de iglesias. Pero para este caso de trabajo social, se exceptúan aquellos niños cuyos padres manifiestan escrúpulos religiosos.

La polarización de creencias se realiza, pues, en Rusia, con carácter de obligatoriedad. Es necesario elegir si se vive para la tierra o para el cielo. Esta coacción elimina los falsos cristianos. Pero no evita que aparezcan los falsos comunistas.

La decadencia de la religión, como hemos visto, se manifiesta palpablemente. Los pueblos ya no creen. Así en Italia, Francia y tantos otros países. Pero la Iglesia, por eso, miente una adaptación imposible. Sus dogmas permanecen inmutables, aunque sus hombres proclamen su adhesión a las nuevas ideas. Ahora, aman la libertad después de haber venerado la esclavitud; componen loas a la paz después de haber practicado el homicidio durante siglos; entonan salmos al progreso después de haberle inmolado en los altares de la intolerancia. Hasta con el comunismo quieren congraciarse: una secta ortodoxa se denomina a sí misma "soviética"...

Por primera vez en la historia se ha realizado un ataque a la religión de la magnitud del que nos ocupa. Podemos decirlo: ya hay un país libre. Rusia ha pr[illegible]dido con

elevado criterio. No admite parangón con hechos anteriores. La Reforma no modificó nada sustancial. La Revolución Francesa fué desorbitada. Comte mismo acabó en la idolatría. Con inteligencia se conduce a los rusos a la irreligiosidad. La semana de cinco días les hace olvidar la clásica división del tiempo. Desaparecido el domingo, con él se va una lejana reminiscencia mística.

La vieja fe se extingue. Sin manifestaciones evidentes en todos los países. Con estridencia en Rusia. Esa es la diferencia.

Pero nace a la vez la nueva religión. Ya lo dije, afirmando que debemos profesarle un hondo respeto. Ello no implica, sin embargo, que veamos sin desconfianza su progreso.

La nueva fe se extiende también a todas las actividades. Ni la ciencia queda fuera de su alcance. He allí el peligro. Como en Lenín — que aleó a su pragmatismo terrestre su ebriedad de cielo — palpitan a menudo dos almas en un pecho. Del vigor de cada elemento depende la resultante La ensoñación idealista puede combinarse en sano equilibrio con la actividad creadora. Pero si aquélla predomina con perjuicio de ésta, surgen los soñadores insensatos y los fanáticos incorregibles. Toda la lucha política se halla turbada por estos extravíos. Faltos de esta armonía psicológica, es fácil caer en el extremo que se combate. Es el error de Rusia. Es el peligro que le acecha a cada paso. Si su fe se hace progresivamente dogmática, el comunismo puede correr el riesgo cierto de enquistarse.

En Moscú, a pocos pasos de un enorme cartel que nos asegura que "la religión es el opio de los pueblos", emerge el mausoleo de Lenín, que aprisiona la materia del grande. El pueblo, que le ama intensamente, llega hasta ese lugar en

actitud de recogimiento y realiza en cada instante una verdadera adoración. Ningún santo ha recibido semejante ofrenda. Y esta veneración no se reduce a un acto contemplativo. Se extiende a sus hechos y a sus palabras. Con respeto profundo se le interpreta. Siempre está acertado. Jamás se equivoca. Igual cosa ocurre con Marx y Engels. Parece que sus obras se encontraran provistas de un certificado de infalibilidad.

La dialéctica, arte engañoso que yo no sabría definir, adquiere hoy en Rusia contornos sofísticos, en el afán de ver en toda esa obra inmensa, un mundo coherente hasta lo imposible, donde se descarta la posibilidad de un error.

IX) LIBERTAD Y DICTADURA

Al referirnos a la dialéctica, en nuestra clase anterior, hemos dicho de su inconsistencia, pudiendo ahora agregar nuestra seguridad en la brevedad de su duración. Carece del fundamento que da estabilidad a toda disciplina intelectual.

Arguyen los comunistas que la nueva ciencia dialéctica actúa en servicio del proletariado. No podemos aceptar este criterio. La investigación sea cual fuere quien la practique, posee siempre fundamentos permanentes. Verdad es que la ciencia y la técnica pueden destinarse a fines opuestos, pero lo que así se modifica es el uso que de ellas se hace, nunca su esencia misma, la que no podrá ser tampoco alterada por poderosa que sea la influencia que sobre ellas ejerzan la dialéctica y el materialismo.

El exceso de los razonamientos abstractos puede conducir al individuo al olvido del ejercicio del pensamiento científico. Sería um peligro, tanto más pronunciado cuanto

que allí reside el motivo de la lucha entre Europa y Asia. Es el sentido científico de aquélla que se debate contra el ensueño místico de ésta. Constatemos, entonces, la importancia que alcanza el hecho de que una generación rusa se adapte a las nebulosidades de la dialéctica, abandonando sin pesar la sobriedad de la ciencia. Se hiere con esto la médula mismo del pensamiento científico europeo.

Este problema nos traslada a otro. El de la libertad en la U. R. S. S. Esa libertad que pregonan y anhelan los espíritus jóvenes y menosprecia a menudo la senectud. Ya no es posible concebir una organización social donde el individuo no se sienta sometido en múltiples formas a la coacción de la legitimidad. La historia de la humanidad nos permite constatar la progresiva disminución de la libertad. Entre los dos extremos en que nos debatimos — la libertad y la ley — no puede haber compatibilidad. Es pueril intentar soluciones verbales. El cumplimiento de una norma, se arguye, es un acto de acatamiento voluntario. Sofisma reconfortante. El hombre no elige en uso de su libre arbitrio la ley que le ha de regir, la tradición que le ha de someter. Las que imperan en su momento también él debe aceptarlas. Lo existente se apodera de su alma, aunque, víctima de un espejismo, crea más bien en lo contrario. Es por excelencia un ser tradicional. Su conducta se ajusta a las exigencias de tiempo, lugar, costumbres. Creamos que en un futuro, sin embargo, alcanzará la suprema aptitud para intuir y realizar lo bueno, para impulsar el torbellino de la civilización por derroteros que no sean ya los delineados por las tradiciones vetustas. Pero, aún así, en el ejercicio de esa cualidad, puede engendrarse una nueva coyunda.

Lo ideal sería, sin duda, que la razón dirigiera el mundo. Así lo sueña el anarquismo, credo generoso y bello

pero irrealizable en nuestro tiempo, en que los hombres sin
sentían con torpeza. Así lo comprendió Nietzsche, el más ge-
nial de los anarquistas, cuando, meditando su superhom-
bre, hacía gravitar sobre él la realización de sus concepcio-
nes. Así lo interpretamos también nosotros al afirmar que
una progresiva restricción de la libertad es la condición de
un proceso inevitable.

Se somete, pues, el individuo a una esclavización que
creyó suprimir haciendo desaparecer una de sus manifesta-
ciones. Por eso — descartando la esclavitud clandestina,
cuya práctica no se ha abandonado — el esclavo moderno
es también, a veces, un potentado cuyo albedrío se envuel-
ve en la intrincada madeja de mil sutiles conexiones que
le ligan a un medio del que no puede emanciparse.

No nos arredremos, por otra parte, ante esa forma de
enunciar los hechos. La restricción de la libertad es la con-
dición de la igualdad. El devenir que nos conduce progre-
sivamente a la consecución de la igualdad, lleva en sí el
germen de la disminución de la libertad. Por eso, a la vez
que podemos asegurar que somos más iguales que nuestros
antepasados, podemos también afirmar que no somos en
cambio más libres.

En este orden de ideas, aún llegando a decir que Ru-
sia aniquila toda libertad, no se podría dejar de ver en ello
más que un avance prolongado de la absorción estadual.
En los regímenes primeros, la vida patriarcal invalida en su
omnipotencia toda acción coercitiva exterior. En Roma, el
paterfamilias ejerce su poderío sobre sus subordinados con
carácter absoluto. Progresan desde entonces las atribuciones
del Estado y una pugna constante arrebata sin tregua a la
familia una y otra facultad. Ahora, es él quien administra
justicia. Es él quien impone gravámenes. Y con el andar
de los siglos, el Estado concentra ya en sí una potestad que

no imaginaran los antiguos. Exige el servicio militar, donde somete a los jóvenes a un régimen de obediencia cuya diferencia con la antigua esclavitud yo no veo claramente. Interviene en la producción, y en el comercio, protege la vejez, previene las enfermdades y organiza el tráfico. Es decir, caen poco a poco bajo su jurisdicción todas las formas de actividades humanas, desde las más importantes a las más superfluas.

La tendencia es indiscutible: el Estado se va apoderando de todo el hombre, que concluye por ser su servidor. Es una absorción que los mismos que la padecen no intentan rechazar. Se deduce así que Rusia no es una excepción. Aún en ella misma, el Estado no prepondera todavía en tal magnitud que impida la ebriedad o la progenie de los degenerados. Es que no puede, por otra parte, alcanzar en este período ese ideal, porque — ya lo dijimos — la máquina constituye en el primer quinquenio su fundamental preocupación.

Otro antecedente nos permitirá explicarnos con más certeza las limitaciones a la libre expresión de la voluntad. Rusia vive en un estado bélico permanente. Es un mundo que se debate contra otro mundo y en esta litis formidable en que se juega el porvenir de un sistema y del orbe todo, la libertad debe padecer también en la medida que las circunstancias lo impongan. No hicieron menos las grandes potencias en la última conflagración. Los bolsheviques no podrían ser acusados de excesos por sus adversarios. Durante la guerra civil, el terror se implantó por ambos lados y en la úlima, contra los kulaks, los sucesivos fusilamientos fueron practicados con preferencia por éstos. Hoy mismo, la seguridad en Rusia es mayor que en España o Alemania donde el número de muertos en los choques políticos y so-

ciales es más elevado en una semana que el que se registra durante un año en la U. R. S. S. En las ciudades comerciales este fenómeno se comprueba fácilmente. La impresión que en ellas se recibe es de calma total. Hasta la presencia de la policía femenina contribuye en ese sentido.

Un hecho se observa en Rusia que podría hacernos pensar que poco se han modificado al respecto las costumbres capitalistas. También allí la abundancia de dinero permite el disfrute de mayores bienes. Pero no debemos olvidar, para explicárnoslo, que ese dinero proviene de una ganancia, de una remuneración de servicios y no de una simple posesión, como entre nosotros. Aún así, también la libertad del oro va siendo coartada.

Yo he hablado con numerosos obreros, inquiriendo si estas restricciones a la acción motivan sus quejas. No es así. Trabajadores rusos se han declarado conformes y otros, alemanes, me han asegurado que se sienten más libres que en otros países. Verdad que no dejan de ser objetables las conclusiones que se pueden obtener de tal procedimiento, porque para el primer caso se podría argüir el temor de ser calificado como enemigo del Soviet y para el segundo, el que esos extranjeros son generalmente comunistas convencidos que llegan a Rusia con una fe inextinguible en su régimen. Pero de una cosa podemos estar ciertos: no hay en todo el universo un gobierno que esté tan fuertemente sostenido por el pueblo como éste de la U. R. S. S. La idea de una modificación en el régimen imperante, que germina en todos los países, no existe allí.

Se encuentran, claro está, coerciones superfluas. Pero en cambio, conocemos muchas que no son, en definitiva, más que un mito. Hemos dicho que el trabajo forzado es una leyenda. La prohibición de la huelga no tiene el mismo

sentido que en nuestros países. En Rusia, una huelga sería un crimen, porque atentaría contra el plen económico que rige sus destinos. El Estado puede obligar a sus habitantes a efectuar trabajos que él imponga, pero es ésta una medida que se aplica más bien a los intelectuales en caso de excepción, como los que ya hemos comentado. Los burgueses se encuentran restringidos sólo en la vida política, pero, en cambio, si acreditan capacidad, se les conduce a puestos de confianza y pueden vivir holgadamente. Quizá donde se hieran más nuestros sentimientos es en las restricciones a que se someten a los hijos de la burguesía. No podemos olvidar que fueron ellos — jóvenes estudiantes — los que con el ardor de sus años mozos rindieron sus mejores energías por la causa del proletariado. El Soviet es cruel. Pero es que también ha aprendido en el diario contacto con los hombres, que el entusiasmo y el arrebato juveniles se truecan con facilidad en reposo y conformismo en la edad madura. Por eso, prefiere más bien proletarizar esas conciencias nuevas y exige un aprendizaje previo de tres años en las fábricas, donde espera extirpar toda reminiscencia burguesa.

Entremos ahora a contemplar el panorama de las libertades particulares en Rusia. No existen lo que nosotros conocemos como "libertades constitucionales", a pesar de que la constitución no las olvida. A los obreros y campesinos se les otorga en principio el derecho de asociación, pero en la práctica se halla desvirtuado. Los sindicatos de trabajadores responden al Partido Comunista. La libertad religiosa es relativamente grande. La libertad nacional es considerable para las varias decenas de pueblos que habitan el extenso territorio. Ya sabemos en qué grado se ha otorgado la libertad a la mujer. La de educación, de prensa, de tea-

ero, no existen, aunque esta última parezca divisarse en las críticas que en muchas obras se dirigen contra el Estado.

Y sin embargo, enunciaríamos una verdad si dijéramos que, a excepción de la libertad del oro, en la medida que dejamos establecida, las demás libertades no las encontramos en Rusia en proporción menor que en los otros países. Porque no nos hemos de considerar satisfechos, naturalmente, con la parodia de la libertad que a diario se juega en el mundo capitalista. Podríamos aún registrar este fenómeno: mientras que el capitalismo se sirve de la coacción para envilecer el bienestar del pueblo, el comunismo lo utiliza como un instrumento de perfeccionamiento y de elevación del nivel de vida. Con una sola excepción. La de la libertad de pensar.

Lamento que el tiempo me impida desarrollar con más extensión este curso. He tratado de realizarlo huyendo de las impresiones aisladas y los conceptos parciales. De poca cosa hubiera servido para nuestro propósito la anécdota que surge con facilidad en el contacto directo con las cosas. Las observaciones particulares, por su solo mérito, no constituyen un elemento de juicio de alto valor. Un viaje impresiona más que un libro, es verdad, pero no olvidemos que engaña también más. La perspectiva, en cambio, se hace más precisa contemplando el objeto a prudencial distancia. Debe condicionarse, pues, una visita a un país como Rusia, con un sólido estudio previo, que se confirmará o desvirtuará luego en contacto con la realidad. Por mi parte, debo declarar que lo que he dicho este año, pude haberle hecho el anterior, aunque sin la experiencia propia que he recogido este curso no se hubiera dictado.

Dos cosas me han impresionado muchísimo: el esfuerzo enorme del pueblo ruso y la carencia de la libertad de

pensar, fenómenos ambos cuya trascendencia no es posible alcanzar sin visitar el país.

Resumo mis conferencias, formulando un credo, abrigando una esperanza. Creo que la política económica de Rusia — sin hacer por eso referencia expresa al comunismo — constituye la mejor adaptación a la máquina y que Europa debe obtener de ella las más sabias enseñanzas. Pienso, en cambio, que sus aspiraciones culturales, estrechas y despóticas, constituyen un peligro para el espíritu europeo. Espero que no se realicen. Pero sé, también, que esta esperanza no se verá satisfecha si Europa no aprende a defender sus intereses económicos, lo que no puede hacer sin adaptarse a nuestro tiempo.

Deseo haber logrado el fin que me impuse al iniciar el curso: alcanzar la imparcialidad en lo posible y dar al auditorio una idea de lo que pasa en Rusia. No sé hasta qué punto lo habré conseguido. Por mi parte, confieso no estar muy seguro de haber comprendido totalmente el vasto problema y no podría deciros todas las consecuencias que se pueden derivar de él. Si mi labor ha permitido una mejor comprensión, me declararía satisfecho, porque el motivo de ella adquiere día a día creciente importancia. Es ya hoy el punto angular de los acontecimientos en todo el mundo y nuestra suerte y nuestro futuro dependen de lo que saldrá de esta esfinge que es para nosotros Rusia.

SECCION CHILENA

Fin de RUSIA ACTUAL Y FUTURA

Imp. Selecta S. Francisco 347